

## Monólogo de la Magnanimidad

Mi hermano Martín —misionero en Papúa Nueva Guinea, andariego de selvas, tribus y almas— desde chico ya mostraba que su alma era más grande que su cuerpo (y eso que nunca fue petiso como yo). Cuando nosotros queríamos ver alguna película de tiros o de dibujos animados, él proponía *Cyrano de Bergerac*, alguna ópera italiana o directamente *Hamlet*. Uno se quedaba ahí, frente a la pantalla, sin entender nada, y él —con la solemnidad de un profeta adolescente— soltaba: “¿No ves? *Esto* es de verdad grande.”

Hace unos días me compartió un fragmento de *Hamlet*, justo antes de uno de sus monólogos más célebres. En la escena, el príncipe danés habla con un capitán noruego. El ejército de Fortinbrás marcha hacia una porción de tierra que no vale ni cinco ducados al año. Una ridiculez. Pero el capitán reconoce que no lo hacen por interés, sino por **honor**. Honor. Por ese casi-nada están dispuestos a morir miles.

Y Martín me escribió: “*Para mí siempre fue el monólogo de la magnanimidad: ‘¡Desde ahora mis pensamientos serán sanguinarios o no valdrán nada!’ La tenés que ver, la versión de 1996 doblada al español, es muy buena.*”

Entre los dones que tiene este buen hermano mío está el de dejarme el alma caliente y hacerme pensar —entre algunas lágrimas discretas, propias de mi vejez. Por eso escribo esto, entre líneas sacadas de Shakespeare y cosas que se me ocurrieron mientras me ardía el pecho.

Y ahí Hamlet estalla:

“Todos los acontecimientos se alinean en mi contra y espolean mi lenta venganza.”

¿Por qué? Porque tiene causa, voluntad, medios, fuerza... y no actúa. Porque la razón le grita y él duerme. Porque ve veinte mil hombres marchar a la muerte “**como hacia su lecho**”, peleando por una causa mínima, y él —con todos los motivos del cielo y de la tierra— no mueve un dedo.

“¿Y yo? ¿Qué haré yo?”

Martín me lo manda como quien entrega una espada envainada, sabiendo que ese monólogo no es sólo de Hamlet: es mío. Es tuyo. Es de todos los que fuimos criados con ideales altos y hoy nos sentamos sobre ellos como si fueran un sillón viejo.

Nosotros sí que tenemos una causa. Mejor dicho: **la** causa. El ideal más grande que se le ha propuesto al hombre: **ser santos**. Y sin embargo, vivimos como si no supiéramos qué hacer. Como si fuéramos víctimas del destino, de la rutina del convento, de la mediocridad del ambiente, o del eterno “no tengo claridad”. Mentira.

Tenemos todo al alcance de la mano:

- El **Padre Buela**, que nos dejó las ideas más claras que el agua.
- Una **formación** que desde chicos nos metieron a fuerza de ejemplo y doctrina.
- Una **espiritualidad** que no hay que inventar: sólo hay que vivirla.
- Un **Instituto**, que no es una oficina religiosa sino una catapulta al Cielo, si uno se sube con ganas.

¿Entonces?

“Desconozco por completo por qué aún vivo para decir: hay que hacer esto, ya que tengo causa, voluntad, fuerza y medios para hacerlo.”

Lo nuestro no es falta de ideas: **es falta de decisión**. No es confusión doctrinal: **es pereza espiritual**.

No es ignorancia: **es inacción**.

“Ser grande de veras no consiste en atormentarse por nada, sino en pelear por la más leve de las causas cuando es el honor lo que está en juego.”

Y el honor está en juego, señores. El de Cristo, que nos llamó. El de la Virgen, que nos cubre. El de una vocación que nos costó la Sangre de Dios.

No hay que inventar nada. Solo decidirse.

Martín se decidió. Otros también. ¿Y yo? “¿Qué haré yo?”

Desde este preciso instante —por gracia, por vergüenza o por desafío— **mis pensamientos serán sanguinarios, o no valdrán nada**.

Eso sí: por más que intente ponerlo por escrito durante toda la vida, lo que ese monólogo hace en mi corazón, **no se puede decir con palabras**.

*Gabriel María  
Jordania 2025*

\*\*\*

*Monólogo de Hamlet (acto IV, escena IV)*

**Todos los acontecimientos se alinean en mi contra y espolean mi lenta venganza.**

¿Qué es un hombre, si lo único bueno que hace en su vida es **dormir y comer**?

**Una bestia, nada más.**

Sin duda, quien nos creó con este **gran raciocinio**, que ve el antes y el después, no nos otorgó tal capacidad —**tan divina facultad**— para que se **podría por no usarla**.

Ahora, ya sea por **olvido animal** o por algún **escrúpulo cobarde**, al pensar en los posibles efectos de un pensamiento que, de cuatro partes, **tiene una de sabiduría y tres de cobardía**, **desconozco por completo por qué aún vivo para decir "hay que hacer esto"**, ya que tengo **causa, voluntad, fuerza y medios para hacerlo**.

**Ejemplos tan grandiosos como la Tierra me exhortan.**

Ese numeroso ejército avanza mudo e imponente, conducido por un príncipe joven y sensible, cuyo ánimo —alentado por la ambición divina— **desdeña imprevisibles consecuencias** y expone **lo mortal y lo inseguro a la voluble fortuna**, a la **muerte y al peligro**, **por una simple y miserable cáscara de huevo**.

**Ser grande de veras no consiste en atormentarse por nada, sino en pelear por la más leve de las causas cuando es el honor lo que está en juego.**

¿Y yo? **¿Qué haré yo?**

Mi padre ha sido asesinado. Mi madre, deshonrada. Me incita la sangre... y también la razón. Y dejo que duerman —mientras, **para mi vergüenza**, contemplo a **20.000 hombres** que van a una muerte inminente por un capricho.

**Por un día de gloria irán a la tumba como hacia su lecho,**

peleando por nada,

**por un trozo de tierra donde apenas cabrán las tropas, ni habrá sitio para cavar las fosas de los que allí caigan.**

**Desde este preciso instante, mis pensamientos serán sanguinarios... ¡o no valdrán nada!**